



Universiteit
Leiden
The Netherlands

El 98 y el pensamiento político. Una perspectiva europea

Storm, H.J.; Octavio Ruiz-Manjón Alicia Langa

Citation

Storm, H. J. (1999). El 98 y el pensamiento político. Una perspectiva europea. *Los Significados Del '98. La Sociedad Española En La Génesis Del Siglo Xx*, 265-281. Retrieved from <https://hdl.handle.net/1887/15827>

Version: Not Applicable (or Unknown)

License: [Leiden University Non-exclusive license](#)

Downloaded from: <https://hdl.handle.net/1887/15827>

Note: To cite this publication please use the final published version (if applicable).

Eric Storm

El 98 y el pensamiento político
Una perspectiva europea

Pre-print de un artículo publicado en:

Octavio Ruiz-Manjón, Alicia Langa eds., *Los
significados del '98. La sociedad española en la génesis
del siglo XX* (Madrid: Biblioteca Nueva 1999)
pp. 265-281.

EL 98 Y EL PENSAMIENTO POLITICO UNA PERSPECTIVA EUROPEA

La historia contemporánea de España ha sido estudiada, como ocurre también en otros países, principalmente desde una perspectiva nacional. Así se suele hablar de la 'generación de 1898' y del 'regeneracionismo', como si fueran fenómenos exclusivamente españoles, cuando, en el fondo, se pueden establecer muchos paralelos con corrientes intelectuales del resto de Europa. Los escritores de la generación del 98, por ejemplo, son los representantes españoles del 'vitalismo' y los regeneracionistas, aunque con algunas excepciones, pueden ser considerados como social-liberales. Sin embargo, es innegable que el 'desastre' tuvo una fuerte repercusión en el debate español.

Para estudiar el impacto de la derrota de 1898 en el pensamiento político español hay que proceder con cautela. Para poder ponderar bien el peso del 'desastre' es necesario analizar tanto los años anteriores como los posteriores a 1898; hay que preguntarse si ciertas ideas surgen sólo en España, o si más bien son un reflejo de discusiones europeas, y, finalmente, es importante distinguir las diversas corrientes ideológicas e intelectuales que participaron en el debate. Ciertos pensamientos pueden parecer muy comunes, pero si son introducidos por primera vez en un ideario ideológico bien definido pueden constituir una novedad significativa.

Como es prácticamente imposible abordar todo el espectro político, esta comunicación se centrará en los cambios que se produjeron en el pensamiento de la élite política y cultural entre 1890 y 1910 aproximadamente.¹ Los que estaban al margen del sistema de la Restauración, como carlistas e integristas por la derecha y socialistas y anarquistas por la izquierda, no serán tratados aquí. Tampoco lo serán los movimientos regionalistas de la época. Todos estos grupos ya han sido estudiados ampliamente. Además, para el posterior desarrollo del sistema político, las ideas de los principales políticos e intelectuales tuvieron una influencia directa mucho mayor que las de los grupos marginales y periféricos.

Los católicos

Sin querer hacer un análisis profundo del comportamiento de la Iglesia, se puede afirmar que desde los años ochenta del siglo XIX, pero sobre todo desde principios de los noventa, el protagonismo social y político de los católicos aumentó considerablemente. El clero jugó un papel importante en la fundación de un considerable número de Círculos Católicos de Obreros. En este contexto también se pueden nombrar los Congresos Católicos, los intentos de fundar una prensa católica de gran circulación y de unir las fuerzas en un gran partido católico, como el *Zentrum* alemán. Además se organizaron peregrinaciones, se inició la construcción de nuevas iglesias de significación simbólica - como la basílica teresiana de Alba de Tormes y la catedral de Madrid - ,se celebraron centenarios como el de Santa Teresa (1882) y se erigieron monumentos.²

¹Este trabajo ha sido posible gracias a la ayuda de María Ángeles Sánchez Carrascal y se basa fundamentalmente en mi tesis doctoral titulada: *Het perspectief van de vooruitgang. Denken over politiek in het Spaanse fin de siècle, 1890-1914* (La perspectiva del progreso. Pensamiento político en el fin de siglo español, 1890-1914; Kampen 1999).

²Véase: Javier Tusell, *Historia de la democracia cristiana en España. I Los antecedentes, la CEDA y la II. República* (Madrid 1974), Feliciano García Montero, *El primer catolicismo social y la «Rerum novarum» en España (1889-1902)* (Madrid 1983), José Andrés-Gallego y Antón M. Pazos, "Cien años (y algo más) de catolicismo social en España" en: Antón M. Pazos, ed., *Un siglo de catolicismo social en Europa 1891-1991* (Pamplona 1993) 1-83, Frances Lannon, *Privilege, persecution, and prophecy. The Catholic Church in Spain 1875-1975* (Oxford 1987) y María Victoria López-Cordón Cortezo, "La mentalidad conservadora durante la

Pero este intento de aumentar el papel social y la influencia política de la Iglesia fue un fenómeno que se dio en casi todo el mundo católico. El papa León XIII jugó un papel importante, ya que sobre todo en su encíclica *Rerum novarum* de 1891, alentó a sus correligionarios a que se ocuparan también de asuntos sociales y políticos. Con esta política, la Iglesia reaccionó sobre todo a la creciente participación política de las masas. El 'desastre', para los católicos, sólo funcionó como un estímulo para intensificar su propaganda y no para cambiar su postura o sus ideas.

Los conservadores

Los miembros y simpatizantes del Partido Liberal-Conservador veían con recelo, al igual que muchos católicos, la introducción del sufragio universal masculino en 1890 por un gobierno liberal. Esta medida coincidió con la reapertura del debate europeo sobre la 'cuestión social'. En 1890 se celebró, por primera vez, el 1 de mayo, con la cual el movimiento obrero se manifestó públicamente por las calles de las grandes ciudades europeas. Al mismo tiempo, la agitación social aumentó de manera considerable en muchos países europeos, y el emperador Guillermo II organizó un congreso internacional en Berlín para discutir la 'cuestión social', después de que los socialistas alemanes ganaran casi un 20% de los votos. Los debates que estos acontecimientos provocaron en casi toda Europa, tuvieron una fuerte repercusión en España, donde sobre todo los conservadores empezaron a abogar por la introducción de ciertas leyes sociales para impedir que se agravase la agitación social. Cánovas, ya en noviembre de 1890, abogó más que nunca por un Estado robusto ante el peligro de una revolución social.³ Pero fue sobre todo Francisco Silvela, quien empezó a abogar por una política de reformismo social. Ya en 1891 Silvela, siendo ministro de Gobernación, y Francisco Villaverde, ministro de Gracia y Justicia, presentaron los primeros proyectos de legislación social, aunque sin éxito.

En los años siguientes se produjo una ruptura en el Partido Conservador. Cánovas prefirió la colaboración de Romero Robledo, a los planes reformadores de Silvela. Esto significaba que Cánovas tenía más confianza en las aptitudes del 'gran elector' para seguir fabricando mayorías parlamentarias confortables excluyendo de este modo la creciente influencia del voto popular. Silvela en el fondo quería aceptar el sufragio universal masculino y reforzar la autoridad moral del Estado. Combatiendo los abusos, el fraude electoral y la corrupción administrativa, Silvela creía que sería posible crear un Estado eficaz merecedor de la confianza de los ciudadanos a largo plazo. Su propósito, en esencia, era el encauzamiento de la democracia, anticipándose al cambio con una política reformista. Silvela formuló estas ideas en los años noventa, y con él lo hicieron, cada uno dándole su propio enfoque, Eduardo Dato, Villaverde, Joaquín Sánchez de Toca y, aunque todavía desde las filas liberales, Antonio Maura.⁴ Esta actitud reformista y moralista también supuso una ampliación del campo político.

Restauración" en: J.L. García Delgado, ed., *La España de la Restauración. Política, economía, legislación y cultura* (Madrid 1985) 71-111.

3Véase: Antonio Cánovas del Castillo, "La cuestión obrera y su nuevo carácter (Estudios económico-sociales; Discurso en el Ateneo de Madrid, 10-XI-1890)" en: Idem, *Problemas contemporáneos* (Madrid 1884-1890) III, 451-523.

4Véase para Silvela: Florentino Portero, "El regeneracionismo conservador: el ideario político de Francisco Silvela" en: Javier Tusell, Feliciano Montero y José María Marín, eds., *Las derechas en la España contemporánea* (Madrid 1997) 45-59. Para el debate sobre la cuestión social véase por ejemplo: Salvador Bermúdez de Castro, Marqués de Lema, *El problema social y las escuelas políticas* (Memoria presentada a la Sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo de Madrid por el secretario primero de la misma; Madrid 1891) y Francisco Silvela, "Extracto de la discusión habida en la Academia acerca de «El socialismo de Estado»"

La política ya no tenía que limitarse a dar un marco jurídico al libre desarrollo de la sociedad, sino que empezaba a influir directamente en la sociedad, no sólo con legislación social, sino con todo tipo de medidas destinadas a levantar el nivel moral tanto de la administración, como de la población entera. El ejemplo más claro de esta actitud fue la obra de Juan de la Cierva siendo ministro de Gobernación en el Gobierno largo de Maura.⁵

El desastre les dio la oportunidad a los reformistas de tomar las riendas del Partido Conservador y les brindó la posibilidad de imponer sus ideas desde el Gobierno. Llama la atención que después de 1898 tanto Romero Robledo como la mayoría de los canovistas ya no volvieron a ser ministro. No obstante, sólo la muerte de Cánovas en 1897 haría posible el triunfo de los silvelistas. El desastre favoreció un relevo generacional y un cambio en la dirección del partido. Sin embargo, hemos visto que Silvela y los suyos ya habían adoptado su ideario a principios de los años noventa y que la muerte de Cánovas posibilitó la renovación del liderazgo conservador. Así que, a nivel general, el desastre apenas tuvo influencia en el ideario de los conservadores, aunque favoreció claramente la corriente reformista.

Liberales y republicanos

Este relevo generacional no se produjo entre los liberales y republicanos. Sólo a partir de 1910 se produjo un cambio con la llegada de nuevos líderes como José Canalejas - quien será tratado más adelante - al frente del Partido Liberal y Melquíades Álvarez con su Partido Reformista. Viejos líderes como Sagasta, Moret, Montero Ríos, Azcárate y Salmerón ni se retiraron para dejar sitio a los jóvenes, ni cambiaron de rumbo después del desastre. Acentuaron algo más su interés por el fomento económico, la enseñanza, la moralidad pública y la mejora administrativa, pero en el fondo no abandonaron el liberalismo clásico que junto con algunos toques jacobinos, anticlericales, krausistas o positivistas constituía su ideario político. El Estado, según ellos, no debía interferir en el libre desarrollo de la economía y de la sociedad. La expansión de la enseñanza, el mayor desarrollo de la ciencia y el progreso económico harían surgir, sin que una mayor intervención del Estado fuese necesaria, una sociedad racional y justa. En el fondo eran utópicos. Sin embargo, con el desastre se pondría de manifiesto que todavía quedaba mucho camino por recorrer antes de llegar a ver sus ideales realizados.⁶

El social-liberalismo

El social-liberalismo español nació, como la corriente reformista dentro del Partido Conservador, a principios de los años noventa del siglo XIX. El más claro representante

(1894-1895) en: *Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas* VIII (Madrid 1898) 393-473.

⁵Véase: María Jesús González, *El universo conservador de Antonio Maura. Biografía y proyecto de Estado* (Madrid 1997) 182-196 y Azorín, *La Cierva* (Madrid 1910).

⁶Véase por su reacción frente al desastre: José Echegaray, *¿Qué es lo que constituye la fuerza de las naciones?* (Discurso leído el día 10 de noviembre de 1898 en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid con motivo de la apertura de sus cátedras) y Segismundo Moret, *De las causas que han producido la decadencia y desprestigio del sistema parlamentaria* (Discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid, el día 18 de diciembre de 1899, con motivo de la apertura de sus cátedras). Los dos piden sobre todo el cumplimiento del deber, tanto por parte de los políticos como de los ciudadanos. Y esta visión se puede encontrar también en las respuestas de Francisco Pi y Margall y Gumersindo de Azcárate a la encuesta de Costa, en: Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla* (1902; Madrid 1975) II, 231-233 y 517-530.

político de esta línea de pensamiento fue José Canalejas, que ya entonces abogaba por una política de Estado más activa y por la implantación de cierta legislación social.⁷

También la gran mayoría de los regeneracionistas fueron social-liberales. El regeneracionismo, o sea 'la literatura del desastre', no se puede considerar como una corriente política, sino más bien como un género de estudios sociales. Por lo tanto, tiene sentido dividir a los regeneracionistas según sus ideas políticas, con lo que se pone de manifiesto que su mayoría encaja en el social-liberalismo. Como excepciones encontramos a Mallada, Pando y Valle, Isern y Silió (aunque el último, como gamacista, todavía militaba en el Partido Liberal), que pertenecían al campo conservador y por tanto abogaban por una política más en consonancia con el prudente reformismo de Silvela.⁸ Más que fomentar el progreso de la nación, estos publicistas querían encauzar el cambio y levantar el nivel moral de la población para evitar descarrilamientos revolucionarios y utópicos.

El ideario político de Costa, Morote, Altamira, Alba, Royo Villanova⁹ y de regeneracionistas de segunda fila como Rodríguez Martínez, Torre Hermoso, Fité y Macías Picavea¹⁰ - quien presentó una mezcla algo confusa de ideas social-liberales y conservador-reformistas -, se puede definir como social-liberal. El social-liberalismo, utilizado aquí en un sentido amplio, nació a finales del siglo XIX de forma casi simultánea en muchos países europeos como reacción a la crisis del liberalismo clásico. Cada vez estaba más claro que los viejos ideales liberales no iban a realizarse automáticamente. En vez de una sociedad más justa, parecía que la desigualdad social iba en aumento. Por lo tanto, había que estudiar la situación existente y, si era necesario, tomar medidas para mejorar la situación de la patria. Aunque en general todavía se procedía con mucha cautela, los social-liberales querían reformar ciertos abusos de la economía capitalista, como los monopolios económicos y la explotación descarada de los trabajadores. Además de introducir algunas leyes sociales para proteger a los obreros, había que fomentar las posibilidades económicas de los pequeños productores.

Por lo tanto, sin querer distanciarse totalmente de la herencia liberal, ni de la economía de mercado, los social-liberales proponían un estudio detenido de la situación socioeconómica de la propia sociedad para detectar los obstáculos que impedían, o estorbaban el progreso de la patria. De ahí la conexión íntima con el positivismo y las ciencias sociales que entonces estaban en boga.¹¹ Puesto que la situación de cada país era distinta, también los temas

7Véase por ejemplo: José Canalejas y Méndez, *Aspecto jurídico del problema social* (Discurso en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación en la sesión inaugural del curso de 1894 a 95, el 10 de diciembre de 1894) y Salvador Forner Muñoz, *Canalejas y el Partido Liberal Democrático (1900-1910)* (Madrid 1993).

8Lucas Mallada, *Los males de la Patria* (1890; Madrid 1989), Jesús Pando y Valle, *Regeneración económica* (1897; Madrid 1989), Damián Isern, *Del desastre nacional y sus causas* (Madrid 1899) y César Silió y Cortés, *Problemas del día* (Madrid 1900).

9Joaquín Costa, "Reconstitución y europeización de España. Mensaje y programa de la Cámara agrícola del Alto Aragón" (13-XI-1898) en: Idem, *Reconstitución y europeización de España y otros escritos* (Madrid 1981) 1-39, Luis Morote, *La moral de la derrota* (Madrid 1900), Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español* (1902; Barcelona 1917), Santiago Alba y Bonifaz, "Prólogo. La obra de Demolins en España" en: Edmundo Demolins, *¿En qué consiste la superioridad de los Anglo-sajones?* (Madrid 1899) I-CXXXIII y Antonio Royo Villanova, *La regeneración y el problema político* (Conferencia pronunciada en la Academia de San Luis de Zaragoza, el día 1 de enero de 1899; Madrid 1899).

10Marqués de Torre Hermosa, *¿Nos regeneramos?...* (Madrid 1899), J. Rodríguez Martínez, *Los desastres y la regeneración de España. Relatos e impresiones* (La Coruña 1899), Vital Fité, *Las desdichas de la Patria* (Madrid 1899) y Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional* (1899; Madrid 1991).

11Véase por ejemplo: Karl Holl, Günter Trautmann & Hans Vorländer, eds., *Sozialer Liberalismus* (Göttingen 1986), G.R. Searle, *The quest for national efficiency: A study in British Politics and British Political Thought, 1899-1914* (Oxford 1971) y Richard Bellamy, *Liberalism and modern society. An historical argument*

preferidos y las medidas propuestas divergían. En España, sobre todo a partir del desastre, no era tanto la cuestión social la que atraía la atención, tampoco lo era la supuesta 'degeneración' de ciertos estratos de la población,¹² sino 'el problema nacional': el atraso general de España frente a los principales países europeos. Esto explica el término 'regeneracionismo'. Es precisamente aquí donde las diferencias con el reformismo conservador se ponen de manifiesto. Mientras los reformistas conservadores querían encauzar el cambio - que tal vez valoraban negativamente pero que consideraban como inevitable -, los social-liberales querían fomentar el crecimiento económico y acabar con los obstáculos que impedían el progreso nacional.

Un buen ejemplo de esta actitud fue la de Joaquín Costa. Ya a principios de los años noventa abogó por una política más activa por parte del Estado, sobre todo en lo referente al fomento de la agricultura y la legislación social. La política hidráulica tenía que mejorar las posibilidades económicas de los pequeños y medianos productores agrícolas. Costa se pronunció por la 'nacionalización del agua' y posteriormente llegó incluso a defender la 'nacionalización de la tierra', no sin indemnizar a los propietarios.¹³ Por lo tanto, Costa no quería abolir el capitalismo, sino reformarlo, dando mayores posibilidades a las pequeñas fuerzas productivas. Por los mismos motivos entró en la política, para luchar, ya no contra los monopolios económicos, sino contra el monopolio político de los dos partidos dinásticos, de la oligarquía y sus caciques, que consideraba como otro obstáculo para el progreso de la nación.

Cuando los proyectos emprendidos por Costa, como la Liga Nacional de Productores, la Unión Nacional, la encuesta *Oligarquía y caciquismo* y su adhesión a la Unión Republicana, no lograron cambiar la situación, su pensamiento se radicalizó. Si no se podía acabar de manera pacífica con los obstáculos que impedían el progreso nacional, había que tomar medidas más enérgicas. Al principio un nuevo partido político le pareció suficiente. En 1901 pensó en un sistema presidencial y, un año más tarde, en un régimen autoritario liderado por la mano firme de un cirujano de hierro. En 1903 declaró que el monarca tenía que abdicar para abrir camino a una república. Finalmente acabó por hundirse en un profundo pesimismo. En los últimos años de su vida trabajó en un libro llamado *¿Tiene España aptitudes para ser una nación moderna?* Costa dudaba hasta de las aptitudes mentales de sus paisanos.¹⁴ Aunque a veces propuso medidas transitorias que iban en contra del ideario liberal, el propósito de todas sus actividades era hacer progresar política y económicamente al país, convirtiendo España en una 'nación europea'.

(Cambridge 1992).

¹²Para el debate sobre la degeneración véase: Daniel Pick, *Faces of degeneration. A European disorder c.1848-c.1918* (Cambridge 1989).

¹³Véase por ejemplo: Joaquín Costa, "Agricultura de regadío (Discurso pronunciado en nombre y como presidente de la «Liga de Contribuyentes de Ribagorza», iniciadora de la constitución de la Cámara Agrícola del Alto-Aragón, Asamblea de agricultores en la plaza de toros de Barbastro, el 7 de septiembre de 1892)" en: Idem, *Política hidráulica* (Madrid 1911) 37-81, Joaquín Costa, "Viriato y la cuestión social en España en el siglo II antes de Jesucristo (Conferencia leída en el Ateneo de Madrid el 19 de noviembre de 1895)" en: Idem, *Tutela de pueblos en la Historia* (Madrid 1911) 1-55 y Joaquín Costa, *Colectivismo agrario en España* (1898; Madrid 1915) 3-12.

¹⁴Véase respectivamente: Joaquín Costa, "O Liga o partido" (1898) en: Idem, *Reconstitución y europeización de España* (Madrid 1912) 43-70, Joaquín Costa, "Memoria de la sección" (1901) en: Idem, *Oligarquía y caciquismo* I, 3-99, especialmente 61 y 93-95, Joaquín Costa, "Resumen de la Información" (1902) en: Ibidem, I, 99-247, especialmente 188-190 y 231-234, Joaquín Costa, "En busca de hombres (Discurso pronunciado en el Frontón Central de Madrid, el día 12 de abril de 1903)" en: Idem, *Política quirúrgica* (Madrid 1914) 45-85 y Joaquín Costa, "Muerte y resurrección de España. ¿Por qué ha caído?" (1909-1910) en: Idem, *Reconstitución y europeización de España y otros escritos* (Madrid 1981) 333-363.

El desastre hizo que Costa desviara la atención puesta en cuestiones económicas y sociales, y se centrara en problemas meramente políticos y morales. Las causas del atraso español tenían que buscarse en la organización del aparato político y en el bajo nivel intelectual y moral de la población. Aunque, según el mismo Costa creía, sus ideas no tuvieron éxito, sí contribuyeron a desprestigiar el sistema de la restauración, que calificó como corrupto, inefectivo y oligarquico. El 98, por lo tanto, no significó una ruptura en el pensamiento de Costa, ni en el de otros social-liberales, sino que fue un fuerte estímulo para pronunciar y definir unas ideas - en gran parte formuladas ya previamente -, centrándose sobre todo en el 'problema nacional', en detrimento de problemas parciales, como el social.

Lo que sí cambió después de 1898 fue la intensidad de la rivalidad política entre la derecha y la izquierda. Los propósitos moralistas de Costa chocaban con el reformismo conservador de Silvela y Maura, que tenían su propio proyecto de socialización partiendo de presupuestos conservadores. Los conservadores querían imponer un modelo un tanto paternalista donde la Iglesia jugaba un papel importante. Por el contrario, los social-liberales, y con ellos muchos viejos liberales y republicanos, veían en la 'excesiva' influencia del catolicismo un obstáculo para la racionalización progresiva de la sociedad. Así que, como reacción al desastre se dio una intensificación del anticlericalismo, que tuvo su origen tanto en la creciente preocupación por los 'nefastos' efectos de la 'socialización conservadora', como en la propia voluntad de fomentar la educación del pueblo en sentido racionalista y progresivo.¹⁵ Canalejas, por ejemplo, afirmó que después de convertir a los ciudadanos en electores, jueces y soldados, había que educarles para que desempeñasen estas tareas con conocimiento de causa y para convertirlos en 'instrumentos perfeccionados de producción'.¹⁶ Los social-liberales querían crear un ciudadano racional, responsable, dueño de sí mismo, emprendedor, que participase en el gobierno de la sociedad. Los conservadores, por su lado, preferían que la población adoptase una actitud de respeto frente al orden social existente y frente a las autoridades, tanto estatales como eclesiásticas. Por consecuencia se produjo un choque entre dos modelos de ciudadanía, dos estrategias para socializar a los votantes, que se disfrazó como una lucha entre clericales y anti-clericales. Por lo tanto, no fueron sólo los reformistas conservadores como Silvela y Maura, sino también los social-liberales los que extendieron el campo político al terreno de la moral.

El vitalismo

La Generación del 98 tenía muy poco que ver con la pérdida de las colonias. El abandono del positivismo y la vuelta al vitalismo de la mayoría de los integrantes de este grupo tuvo lugar en los años anteriores al desastre. Unamuno cambió de rumbo en la primavera de 1897 a raíz de una fuerte crisis personal. Ganivet ya estaba desilusionado con el positivismo a principios de los años noventa, y el caso de Baroja es muy parecido. El pensamiento de Azorín empezó a alejarse de las posturas tomadas durante su juventud después de haber sido expulsado de la redacción de *El País* en febrero de 1897 y, finalmente, a Maeztu parece haberle influido más el descubrimiento de la obra de Nietzsche que la derrota española ante los Estados Unidos.

¹⁵Este término lo utiliza María Jesús Gonzalez en su excelente libro: González, *El universo conservador de Antonio Maura*; para el anticlericalismo: Julio de la Cueva Merino, "Movilización política e identidad anticlerical, 1898-1910", *Ayer* 27 (1997) 101-127.

¹⁶Canalejas, *Aspecto jurídico*, 44.

Generalmente se afirma que, a principios del siglo XX, los miembros de la generación de 1898 abandonaron su inicial activismo político para ocupar posiciones más intimistas y escapistas.¹⁷ Esta interpretación ya ha sido muy matizada en estudios más recientes, que no pasan por alto el que Azorín militara en el partido conservador a partir de 1907, Baroja en el radical entre 1909 y 1911, y el que Unamuno abogara, en oposición al Gobierno largo de Maura, por una renovación del liberalismo y diera su apoyo al gabinete de Canalejas.¹⁸ Sin embargo, es innegable que sobre todo Unamuno y Azorín se alejaron de una posición ideológica bien definida - el socialismo y el anarquismo respectivamente - para adoptar una actitud que casi no se deja definir ideológicamente. Y lo mismo ocurre con sus homólogos fuera de España. El pensamiento político de Nietzsche, Barrès, Sorel, D'Annunzio, Langbehn y de otros vitalistas tampoco se presta a una fácil clasificación. Una actitud anti-burguesa, el afán de ruptura y renovación y la exaltación de la vida, que puede encontrarse en la obra de todos estos escritores, no se traducen en términos ideológicos sino con muchas complicaciones. Hasta ahora, no obstante, se ha intentado sobre todo dar una interpretación ideológica de estos pensadores y, por consiguiente, se ha infravalorado su papel político por parecer contradictorio y poco consistente.

Aunque es verdad que ninguno de los escritores del 98 se convirtió en un político influyente, no se debe subestimar la trascendencia de su ideario político. Se puede afirmar incluso, que el cambio más fundamental que sufrió el pensamiento político en los siglos XIX y XX se efectuó en su obra. Rompieron con el pasado dando vida de este modo al mundo del siglo XX. Rompieron de una manera radical con la sociedad burguesa del XIX, con sus normas y valores, con todas las ideologías existentes, con la fe dogmática en Dios y con la fe dogmática en el progreso. Ya no creían en el positivismo, en la posibilidad del hombre de conocer verdaderamente, a través de la razón y la ciencia, la realidad a su alrededor, de conocer la esencia de las cosas y de la vida. Ya no creían en la posibilidad de formular un sistema de normas fijas de valor universal y eterno, ni tampoco en la llegada de una sociedad ideal. Y como tampoco se adhirieron a una religión establecida, se puede decir que rechazaron todos los supuestos básicos de la sociedad decimonónica. En definitiva, estos escritores se quedaron con las manos vacías, entrando en lo que puede denominarse su 'crisis nihilista', que quedó plasmado en obras maestras como *Amor y pedagogía* (1902), *Camino de perfección* (1902) y *La voluntad* (1902).¹⁹

Sin fe religiosa y sin fe ideológica, no podían fundar sus opiniones políticas en ninguna base exterior y objetiva. Sin verdades absolutas, la política se convirtió para ellos en algo subjetivo. Sin fundamento exterior, sin norte fijo, la política acabó siendo un asunto de gusto personal, o más bien, de impulso psíquico. Cada uno tenía que tomar sus propias decisiones tanto en la vida privada como en la pública.²⁰ Ya no era la adhesión a una ideología política

¹⁷Esta interpretación la formularon sobre todo: Pedro Laín Entralgo, *La generación del 98* (1947; Madrid 1997) y Carlos Blanco Aguinaga, *Juventud del 98* (1970; Barcelona 1978).

¹⁸Véase por ejemplo: Cecilio Alonso, *Intelectuales en crisis. Pío Baroja, militante radical (1905-1911)* (Alicante 1985) y Manuel María Urrutia, *Evolución del pensamiento político de Unamuno* (Bilbao 1997).

¹⁹El término 'crisis nihilista' lo utiliza: Pedro Cerezo Galán, "El pensamiento filosófico. De la generación trágica a la generación clásica. Las generaciones del 98 y del 14" in: José María Jover Zamora, ed., *La Edad de plata de la cultura española (1898-1936)* I, *Identidad, pensamiento y vida. Hispanidad* Historia de España Menéndez Pidal XXXIX (Madrid 1993) 131-317.

²⁰Esta subjetivación de la política, de la filosofía, de la religión y de toda la visión del mundo se ve claramente reflejada en la obra de Unamuno. En su *Vida de Don Quijote y Sancho* (1905) afirmó que cada uno tenía que dar sentido a un mundo aparentemente sin sentido, crear su propia vida e imponer su propia interpretación de las cosas como lo hizo Don Quijote. En *Del sentimiento trágico de la vida* (1912) llegó a

existente, sino el carácter de cada uno lo que en el fondo determinaba su actitud política. La posición política de estos escritores, por lo tanto, se deja definir mejor en términos psicológicos que ideológicos. El pensamiento político de Ganivet, por ejemplo, muestra claros rasgos paranoicos; Unamuno se muestra seguro de sí mismo; Baroja deja ver su honda desilusión y la actitud política de Azorín se define más bien por su timidez y su inseguridad personal. El nuevo espectro político ya no se traza, por consiguiente, según el eje conservador-progresista, derecha-izquierda, sino que oscila entre los polos de seguridad e inseguridad. Carácteres fuertes, como Unamuno y, más tarde Ortega y Gasset, favorecerán una política abierta, de libertad y de intercambio. Por el contrario, personas inseguras de sí mismas, como Ganivet y Azorín, abogarán más bien por una política cerrada, autoritaria, de aislamiento y pureza.

Por lo tanto, se invirtió el campo político. Cada acto político ya no encontraba su fundamento en una actitud colectiva frente al progreso social - positiva en el caso de los progresistas, negativa en el de los conservadores - sino que en último término se basaba en una decisión subjetiva. Sin embargo, la herencia política de la generación del 98 no se limitó a esta inversión del campo político. También cambió el modelo de sociedad y la estrategia política. Rompieron con el modelo burgués que, en el fondo, era el modelo de casi todas las corrientes políticas del siglo XIX.²¹ Todas se proponían crear una sociedad cívica, de ciudadanos responsables, en el caso de los progresistas, o ciudadanos respetuosos, como lo preferían conservadores y católicos. Ganivet, Unamuno, Baroja, Azorín, Maeztu y Valle-Inclán rompieron radicalmente, al igual que los demás vitalistas europeos, con el mundo burgués del siglo XIX. Esto no quiere decir que rompieran con todos los valores burgueses, sino que rechazaron el sistema normativo burgués.²² Había que revalorar todos los valores. Frente a la hipocresía, el egoísmo, el materialismo y la crueldad de la sociedad burguesa, defendían una actitud sincera, abnegada, idealista y de compasión.

Los escritores vitalistas no sólo rechazaron los valores del modelo burgués, sino también las cuestiones políticas que estaban relacionadas con él, y que se situaban sobre todo en el campo jurídico. Ya no se entusiasmaban por el tema de los deberes y derechos del ciudadano frente al Estado y los del Estado frente al ciudadano, el tema predilecto del debate político del siglo XIX. Sustituyeron el binomio ciudadano-Estado por el de individuo-pueblo y la sociedad burguesa por la nación. Lo que les preocupaba era la relación entre el individuo y el pueblo. ¿Tenía el hombre libertad para forjarse una personalidad propia? O, más bien, ¿era el individuo un producto del *Volksgeist*, del medio físico y de la psicología popular? Esta cuestión de la identidad propia se aplicó también al pueblo. ¿Era el pueblo un producto de la historia y del medio físico o era posible modelar o reformar el espíritu popular? Por lo tanto, el modelo no fue la sociedad burguesa, sino la nación. No había que incorporar la población a la sociedad burguesa, socializarla como buenos ciudadanos, sino como buenos españoles, fomentando el

formular una provocativa tesis: que la religión tenía su base en el mismo hombre; que no podíamos saber nada de Dios, pero que sentíamos la necesidad de un Dios y que, por lo tanto, no era Dios quien había creado al hombre, sino al revés, el hombre había creado a Dios. Véase: Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida. En los hombres y en los pueblos* (ed. Pedro Cerezo Galán; Madrid 1993) 167-179.

²¹El término burgués no se refiere a una posición económica, sino a un grupo social con un sistema de normas y valores bien definidos. No es una casualidad que en algunas lenguas germánicas exista sólo una palabra, por ejemplo el *Bürger* alemán, para denominar tanto el burgués como el ciudadano. Véase para el modelo burgués: Jürgen Kocka, ed., *Bürgertum im 19. Jahrhundert. Deutschland im europäischen Vergleich* (München 1988) 3 vol.; y para la crisis del modelo burgués: Wolfgang J. Mommsen, *Bürgerliche Kultur und künstlerische Avantgarde 1870-1918. Kultur und Politik im deutschen Kaiserreich* (Frankfurt am Main 1994).

²²La actitud anti-burguesa se puso de manifiesto hasta en su manera de vestir: Valle-Inclán fue un bohemio y, alrededor de 1900, Azorín y Maeztu seguían el modelo *dandy*.

desarrollo de las propias fuerzas de la nación. La unidad nacional ya no funcionaba como medio para fomentar el bienestar de la sociedad, sino que se convirtió en un fin en sí. Por lo tanto, no es de extrañar que algunos autores de la generación del 98 contribuyeran al surgimiento de un nacionalismo exaltado. Ganivet, por ejemplo, se identificó plenamente con la nación. El nacionalismo que defendió en su *Idearium español* (1897), le hizo partícipe de una identidad colectiva y de este modo pudo aliviar su propia inseguridad vital. Sin embargo, la identidad nacional que quiso describir en su libro, no era sino otra construcción subjetiva.²³

Otra cosa que cambió fue la estrategia política. Lo primero que hicieron fue combatir la vieja política. Después de haber perdido su fe en el progreso, Unamuno, Ganivet, Azorín, Maeztu y Baroja, criticaron duramente el liberalismo abstracto, retórico, optimista y dogmático de los viejos republicanos y liberales. Pero también las soluciones simplistas de los 'regeneracionistas' y el inmovilismo y el dogmatismo de los conservadores les disgustó profundamente. A Unamuno se le ha reprochado muchas veces su supuesta actitud inconsequente y contradictoria. Sin embargo, sus actividades políticas muestran una constancia persistente, ya que criticó sin miramientos de ninguna clase a todos que se adhirían a dogmas políticos o que defendían soluciones fáciles.

La obra de la generación del 98, sin embargo, no fue solamente de carácter crítico o de signo negativo. Contra la política abstracta y retórica de la mayoría de los políticos, defendían una política pragmática, efectiva y concreta que debía mejorar la situación de la población. La descripción de la pobreza tanto en el campo como en las grandes urbes, que se encuentra tan a menudo en la obra de Azorín y Baroja, contenía un mensaje político unívoco: en vez de discutir sobre temas abstractos como la soberanía nacional, la libertad de la prensa, etcétera, había que buscar soluciones concretas para combatir la pobreza de gran parte de la población. También Unamuno compartía, a grandes rasgos, esta visión.²⁴ La adhesión de Azorín a Maura, tan mal estudiada hasta ahora, fue motivada por las mismas razones. Ya que, a partir de 1907, Azorín defendió a Maura y a La Cierva como políticos pragmáticos que, con reformas concretas, intentaban realizar mejoras prácticas.²⁵

Parte de la estrategia era también la posición desde la cual querían influir en el rumbo de la sociedad, y esta posición era la de intelectual. Ya se ha señalado que los escritores de la generación del 98 fueron los primeros en adoptar el término 'intelectual' que nació con el asunto Dreyfus.²⁶ Sin embargo, no fue simplemente un nombre nuevo. Sus predecesores, como

²³Que fueron justamente los vitalistas los que se identificaron con la nación y sus símbolos, como Don Quijote, se puso de manifiesto durante el tercer centenario del *Don Quijote* en 1905. Véase: Eric Storm, "El tercer centenario del Don Quijote en 1905 y el nacionalismo español", *Hispania. Revista Española de Historia* LVIII/3, 199 (1998) 201-230.

²⁴Véase por ejemplo el manifiesto de Baroja, Azorín y Maeztu de diciembre de 1901, recogido en: Ramón Gómez de la Serna, *Azorín* (1930; Buenos Aires 1948) 129-131. Sobre todo Azorín explica varias veces la intención política de sus escritos. Véase por ejemplo: Azorín, "La Andalucía trágica", *El Imparcial* (3, 5, 7, 17 y 24 de abril 1905), Azorín, "El programa liberal visto por un labriego" y "Más sobre el programa liberal", *ABC* (21 y 22-VI-1906) y Azorín, "Discuso" (nov. 1913) recogido en: *Fiesta de Aranjuez en honor de Azorín* (Madrid 1915). La misma intención se puede detectar en libros suyos como *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904) y *Los pueblos* (1904), tanto como en las tres novelas de Baroja que constituyen el ciclo de *La lucha por la vida* (1904). Para Unamuno véase por ejemplo: Miguel de Unamuno, "El individualismo español", *La España Moderna* XV, 171 (marzo de 1903) 35-49, Miguel de Unamuno, "Sobre el fulanismo", *La España Moderna* XV, 172 (abril de 1903) 75-83 y Miguel de Unamuno, "La esencia del liberalismo. Conferencia dada en Valladolid el día 3 de enero de 1909", *El Mundo* (4-I-1909) respectivamente en: Idem, *Obras completas* (ed. Afrodisio Aguado, Madrid 1958) III, 617-633, 633-654 y VII, 777-786.

²⁵Véase sobre todo sus obras *El político* (1908), *La Cierva* (1910) y *Un discurso de La Cierva* (1914).

²⁶Véase: E. Inman Fox, "El año de 1898 y el origen de los «intelectuales»" en: Idem, *Ideología y política en*

por ejemplo Azcárate, Galdós, Menéndez Pelayo y Ortega Munilla pertenecían a la élite intelectual, tanto como social y política, y en sus escritos se dirigían sobre todo a un público educado. Aunque públicamente criticaban ciertos aspectos de la sociedad burguesa, era una crítica desde dentro ya que formaban una parte integral de la alta burguesía y, a través de sus contactos sociales, podían intentar influir directamente sobre la dirección del país. Este no era el caso de Unamuno, Ganivet, Azorín, Baroja y Maeztu, ya que al romper con las normas y valores existentes se habían situado fuera de la sociedad burguesa. Por lo tanto, no la criticaban desde dentro, sino desde fuera. Su propósito, además, era dirigirse a la nación entera. Esto lo hicieron publicando gran parte de su obra en diarios o en revistas populares, y adoptando un estilo mucho más directo, rompiendo con la grandilocuencia de las generaciones anteriores. Su público lo constituía el pueblo, la nación entera.

Rechazando la tabla de valores burgueses crearon un espacio propio para el intelectual. Los intelectuales, desligados de intereses materiales y sociales, se convertirían en los mejores intérpretes del alma popular, reservándose de este modo el papel de guías espirituales de la nación. Ya no contaban ni el rango social, ni la posición económica, ni el poder político, sólo los méritos en el campo intelectual daban derecho al liderazgo nacional. Sólo la élite intelectual era capaz de señalar el rumbo que debería seguir la nación. El intento, por parte de los intelectuales, de buscar la alianza con el pueblo corría el riesgo de convertirse en una posición elitista. No obstante, el afán de dirigirse directamente al pueblo tenía, sobre todo al principio, un hondo sentido democrático. Esto lo demuestra la obra unamuniana de principios del siglo XX. Lo que Unamuno se proponía dando gran cantidad de conferencias en todas partes del país, era estimular la conciencia y la participación políticas de la población.²⁷

En toda esta honda transformación del campo político llevada a cabo por los escritores de la generación del 98, el 'desastre' no jugó papel alguno. Lo único que hizo fue intensificar su preocupación por la situación de su patria, lo mismo que ocurriera con casi todos los políticos e intelectuales del país.

El populismo

Los primeros políticos que se movieron en el mismo espacio político que los vitalistas fueron el periodista Alejandro Lerroux y el novelista Blasco Ibáñez. Ambos se dirigían directamente al pueblo, con un lenguaje irracional, nacionalista y anti-burgués, apelando al sentimiento y no a la razón. Su propaganda populista tuvo éxito y alrededor de fin de siglo ya celebraron sus primeras victorias electores, logrando romper de este modo el predominio de los partidos dinásticos, Lerroux en Barcelona y Blasco Ibáñez en Valencia.²⁸ El desastre y la consiguiente pérdida de legitimación del régimen, les favoreció claramente. Sin embargo, el populismo, que no se comprende sino en conexión con el surgimiento simultáneo del vitalismo, era un fenómeno que se dio en muchos países europeos. Por lo tanto, a nivel de ideas, la derrota española en Cuba tampoco tuvo mucha influencia .

las letras de fin de siglo (1898) (Madrid 1988) 13-25.

²⁷Entre 1901 y 1906, aprovechando las vacaciones universitarias, dio conferencias en Bilbao, Salamanca, Valencia, Orense, La Coruña, Almería, Bejar, Barcelona, Madrid y Málaga; casi todas recogidas en el tomo VII de sus *Obras completas*.

²⁸Véase para Lerroux y Blasco Ibáñez: José Álvarez Junco, *El emperador del paralelo. Lerroux y la demagogia populista* (Madrid 1990) y Ramiro Reig, "Entre la realidad y la ilusión: el fenómeno blasquista en Valencia, 1898-1936" en: Nigel Townson, ed., *El republicanismo en España (1830-1977)* (Madrid 1994) 395-425.

A todo esto se podría objetar que los vitalistas y los populistas constituían una pequeña minoría y que sólo eran unos excéntricos escritores los que se movían en el nuevo espacio político. Pero no es así. Ellos abrieron un nuevo espacio que, en el fondo, sigue siendo el nuestro: el del ámbito político subjetivo, sin verdades absolutas, sin una dirección unívoca, sin una seguridad total, que se convertiría en el punto de partida para Ortega y Gasset y los de su generación.

Conclusión

El desastre, como hemos visto, apenas cambió el rumbo del pensamiento político de las diversas corrientes ideológicas e intelectuales. Los primeros años de la década de los noventa del siglo XIX, cuando en toda Europa se debatía sobre la 'cuestión social' - y que en España no coincidía tanto con un fuerte crecimiento de la agitación obrera, sino con la introducción del sufragio universal - parece ser más bien una época de inflexión. El sufragio universal masculino daba el poder, al menos en teoría, a las masas populares y confrontaba, por tanto, a las corrientes políticas con la necesidad de adaptarse a la futura llegada de una sociedad de masas. Tanto ciertas corrientes dentro de la Iglesia, como los reformistas conservadores y los social-liberales parecen haber acomodado su ideario político a las nuevas circunstancias. La Iglesia mitigó su oposición frontal al sistema liberal para buscar un mayor protagonismo político y social, mientras que los reformistas conservadores y los social-liberales se alejaron del dogma de la no-intervención del Estado, tanto en cuestiones socioeconómicas como morales. Otra ruptura se produjo con la crisis del positivismo y el consiguiente nacimiento del vitalismo. Los escritores vitalistas quitaron, por lo menos en el plano teórico, las bases para una política dogmática y utópica. En su obra se puso de manifiesto que, en el fondo, toda decisión política no era sino una decisión subjetiva. Los vitalistas y, sus coetáneos, los populistas ya no apelaban, por lo tanto, sólo a la razón, sino más bien al corazón.

La derrota de 1898 antes parece un estímulo a las nuevas corrientes políticas, que un motivo para revisar el propio ideario. No obstante, se puede afirmar que, ahora más que en el pasado, ocuparse del rumbo del país parecía haberse convertido en un deber nacional. A partir de aquel momento en las discusiones, las cuestiones parciales son desplazadas a un segundo plano por los problemas nacionales, convirtiéndose estos últimos en el tema primordial de debate, un debate que, además, cada vez se hace más agónico. Un cambio de rumbo y la implantación de las propias soluciones era más urgente que nunca. El desastre contribuyó a crispar el ambiente. Ya no había sitio para compromisos, ni para intentos de consensuar con adversarios políticos. De este modo se comprende que, debido también a la pérdida de legitimación del sistema político - que ya ha sido señalada por varios autores -,²⁹ el desastre dificultó tanto el buen funcionamiento del sistema político de la Restauración, como la introducción de reformas consensuadas.

Por otra parte, tampoco hay que exagerar el papel del 98. También en otros países europeos la tensión política aumentó en los años alrededor de fin de siglo. Y, tanto en España, como en otros países, era la adaptación al surgimiento de una sociedad de masas, la que en creciente medida puso de manifiesto la incompatibilidad entre las diversas estrategias socializadoras. Las confrontaciones políticas no sólo se agravaban por la creciente urgencia que

²⁹Véase: Sebastian Balfour, *The end of the Spanish Empire, 1898-1923* (Oxford 1997) y Carlos Serrano, *Le tour du peuple. Crise nationale, mouvements populaires et populisme en Espagne (1890-1910)* (Madrid 1987).

parecían tener los problemas políticos y sociales, sino también por la enorme ampliación que, de manera lenta pero segura, experimentó el campo político. Su terreno ya no se limitaba al marco jurídico dentro del cual la sociedad podía desarrollarse, sino que los políticos empezaron a ocuparse también de la organización y dirección de la economía y de la sociedad, tanto como de la actitud moral de la población. Y ya no había sólo políticos que apelaban a la razón del ciudadano, sino también los que se dirigían al instinto de las masas.

ERIC STORM

Universidad de Groningen

septiembre de 1998